

Abracemos al mundo



Manuel Aguilar Vargas

“Seis bailarinas sobre una hoja, media docena de locas gotas; tres están rencas, las otras cojas, más todas bailan, rencas y locas.”



“No duermo sino de noche por medio, y en el día no me da sueño. Aprovecho, entonces, para escribir.”

Manuel Aguilar

El poeta de los niños

LUIS FERNANDO MATA.
DE LA NACIÓN

Difícil es encontrar a una persona que haya hecho las veces de agricultor, paleador, “coligallero”, obrero en las bananeras, albañil y escultor.

Y si agregamos a estas actividades otras como oficios domésticos, guarda nocturno y escritor de poesía infantil pues, definitivamente el asunto se complica.

Tal ser humano existe. Concluyó el sexto grado a los 61 años y se llama Manuel Aguilar Vargas; cuando niño escribía por curiosidad y según lo expresa, después lo hizo para aljar las penas, en vez de llorar.

El libro

Un día de tantos, en 1982, mientras armaba insectos, quijotes y sanchos en alambre, bajo la dirección del Prof. Yaco Serrano, este le animó para que publicara su obra poética.

Juntos, Serrano y él presentaron a las editoriales UNED y Costa Rica con un legajo de versos en cada mano y para regocijo de ambos, las entidades aprobaron simultáneamente publicar una selección de esos poemas.

El sueño de don Manuel se materializó en diciembre de 1985, cuando la UNED editó los primeros 2.000 ejemplares de “Abracemos al mundo”, un librito de 47 páginas, bellamente ilustrado, y al que los niños se aficianan de inmediato. Lo devoran de un tirón.

“Abracemos al mundo” es una obra tangible, sincera y profundamente vivencial. No se refiere a ositos, dragones ni castillos y en su lugar nos ofrece al marco en el que se desarrolló la niñez del autor, entre potreros, yigüirros, coyoles y ríos.

Don Manuel lo dice así, con la sencillez que le caracteriza: “Estas palabras raras, /tan escondidas,/que

son parte del alma,/que hay en mi vida; /me llevan por caminos, /insosuechados, /a buscar lo que nunca/había buscado, /a descubrir paisajes/ semidormidos/ en este mundo tío /que va conmigo. /Y llego a conclusiones /casi completas: /que soy siempre/más niño/y menos poeta.” (Abracemos al mundo, pag. 7).

De acá para allá

Nació en Esparza, Puntarenas, el 27 de julio de 1923 y vino a ser el tercero de los siete hijos que procrearon don Manuel Aguilar Chinchilla y doña Gertrudis Vargas.

Fue un niño tímido y huraño que en los diciembres, cuando “rompían” los vientos del norte, era feliz redactando cartas al Niño Dios, pidiéndole juguetes que nunca llegaron.

Se creó en el campo pescando, cazando garrosos, subiéndose a los árboles para recolectar “chumicos”, unas semillas negras que sustituían a las bolas de vidrio y gustaba de lanzar trompos de madera y mirarlos girar en las calles de tierra hasta que perdía el impulso, que previamente se les daba con una delgada cuerda de manila.

Su madre, que constituía el gran

amor de sus primeros tiempos, murió cuando tenía nueve años. “A partir de ese momento prosiguió mi vida marchando contra el tiempo, como un ave sin alas, como un perro sin dueño.”

Se fue a vivir con unos parientes, pero no se sintió bien, a pesar de haberlos visitado muchas veces. “Era un hogar decente; una familia unida y culta en que los buenos hábitos y la religiosidad corrían parejos. A los niños se les acostumbraba a ser puntuales, ordenados, respetuosos y cumplidos y mi carácter hosco chocó

desde el principio con la disciplina y las reglas de urbanidad”.

El sexto grado no lo terminó, sino hasta muchos años después, al frisar los 60 años. “En la nueva casa, la rebeldía la manifesté con las fugas, cada vez que se me antojaba me iba para Puntarenas, sin el permiso acostumbrado; venían las palizas y optó por irse donde su tía Cristina, a Aranjuez de Puntarenas. Su tía mantuvo el secreto y cuando su padre se enteró, abogó porque no se le devolviera a sus familiares de Esparza.

Empezó a trabajar a los catorce años llevando almuerzos, luego arriando bueyes y más tarde de sabanero. Posteriormente, se hizo ayudante de dependiente en un comisariato de Osa y después le atrajo la actividad del oro; logró sacarle a la tierra 510 gramos del preciado metal que apenas si le alcanzaron para curarse una enfermedad digestiva.

Luego, Quepos combatiendo la sigatoka negra; Palmar, Coto, Esquinas, Puerto González, siempre de machetero o volteando montaña.

En Ciudad Neilly se instaló en una pequeña finca que le regaló un hermano suyo y estando en sus labores agrícolas le sorprendió el amor. Se unió a una joven de la localidad con quien procreó seis hijos, más tarde, por problemas que suceden en esta vida, se separó de ella y se vino a San José con sus hijos.

Fue una dura experiencia en la que don Manuel debió hacer las veces de padre y madre, además de cumplir con el trabajo que hasta el momento mantiene como guarda nocturno de la fábrica Metalín.

Y nadie como un guarda nocturno para hacer estas reflexiones: “Quién no sabe que a la luna le gusta bailar? Una vez yo la vi salir del horizonte, redonda como una rueda de carreta y subir a los brazos verdes de una palmera y bailar, riendo, al compás de las olas y el viento.”



Don Manuel lee a Gorki, Juan Rulfo, Balzac y Miguel de Cervantes. “A los niños hay que hablarles con la sencillez que utilizaron algunos de estos grandes maestros”, dice.